

CAPÍTULO V

Había nacido en el rural como suelen decir los de Madrid o los universitarios suelen mencionar en sus estudios, ellos dicen el medio rural, la economía rural, la sociedad rural, la política rural, llamando rústicos a sus habitantes. En el rural, entre sembrados y animales transcurrió su infancia y su juventud, viendo como trabajaban sus padres y abuelos, de las faenas del campo nada le era ajeno, pero desde muy pequeño tenía especial inclinación por los coches y motores.

Una vez el televisor se averió, cuando lo fueron a recoger al taller de reparación, el técnico les dijo que la reparación era inútil, que deberían comprar otro nuevo. El televisor regresó a la casa, el dinero no abundaba en la familia, Miguel tenía diez años, lo desmontó sobre la mesa de la cocina, lo volvió a montar, lo conectó y el televisor comenzó a funcionar. Sus padres y sus abuelos en ese momento decidieron que debería estudiar formación profesional, algo de mecánica, o de aparatos mecánicos y eléctricos. Superó los exámenes con brillantez y facilidad, desarrollando todo tipo de habilidades mecánicas. Pasó por diversos trabajos, todos relacionados con sus habilidades, cambiaba unas veces por aburrimiento, otras por mejoras económicas y otras por conocer mejor esa especialidad. Llegó a escribir a la casa Renault, sugiriendo la mejora del motor variando unas piezas, la casa respondió agradeciendo la sugerencia, le enviaron una cierta cantidad de dinero y la invitación para visitar la factoría principal en Francia, con todos los gastos pagados.

Un día –porque en la vida de toda persona hay un día que marca su vida durante muchos años o para siempre, vida que quedará marcada con lo que en ese día haya acontecido o con la decisión que se haya tomado– entró en un casino por curiosidad, no tenía intención de jugar a nada, ni tenía hábitos de juegos de azar destacables. Penetró en el casino, observó y le gustó el ambiente alegre del lugar, no pudo resistirse a la tentación de comprar unas fichas y ruletearlas por juego, sin ánimo de ganar, pero salió su número. Miguel Rodríguez sonrió de sorpresa y apostó de nuevo y de nuevo volvía a ganar. Recogió las fichas para marcharse, pero en ese momento se dijo –No tengo nada que perder y sí mucho por ganar–, puso el montón de fichas en la mesa a un solo número y salió su número, era un magnífico montante de dinero, los presentes lo vieron con sorpresa, envidiando su buena suerte. Era novato, no sabía qué hacer, si realizar otra apuesta aprovechando la buena racha o cambiar las fichas y marcharse más contento que unas pascuas. Decidió lo último –por hoy ya está bien, mañana será otro día, se dijo.

La suerte del principiante, eso fue lo que le sucedió a Miguel Rodríguez y que él no supo interpretar, no supo que la suerte en los juegos de azar es pasajera y además de antojadiza es maligna y no tiene piedad, la suerte en los juegos de azar es un ente sin corazón, ¿Quieres jugar?, pues juega, te dice. ¿Quieres ganar?, gana, pues eres principiante, saborea el éxito, te dice. A partir de ese momento si vuelves a jugar ya es ella quien jugará, no por ti, sino ella contigo, y en ningún momento te darás cuenta de ese juego, ni siquiera te darás cuenta que en todo momento permanecerá a tu lado y la estarás invocando como si estuviese muy alejada creyendo que te ha abandonado, cuando en realidad juega contigo sin consideración alguna, nutriéndose como un dios maligno de esa extraordinaria energía que todo jugador desprende.

Al día siguiente volvió al casino, perdió la mitad de lo que el día anterior había ganado. Dos días más tarde volvió a perder, esta vez estaba como la primera vez que había pisado el casino –No volveré a este lugar–, expresó en voz alta. Finalizó la semana, pero a la semana siguiente volvió al casino y perdió, ganó y perdió, y al día siguiente penetró en el

local con ánimo de recuperar lo perdido, pero ya estaba atrapado en las redes intrincadas e invisiblemente tejidas del juego de azar. Del Casino también pasó a salas de bingo, de la sala de bingo también pasó por las máquinas tragaperras y vació su cuenta bancaria en muy breve tiempo. Viéndose sin dinero, compraba a crédito con tarjeta joyas que a la media hora vendía por menos de un cuarto de su valor y que media hora más tarde entregaba en la ruleta o en las máquinas del pequeño casino de la ciudad.

Al año su vida era un auténtico desastre, debía dinero a todo aquel que conocía. Acabaron por cortar el suministro eléctrico por falta de pago y el propietario, ante el impago de varios meses, lo amenazó con echarlo del pequeño apartamento, cosa que acabó haciendo ante la actitud recalcitrante del inquilino. Aquí dio comienzo su vida llena de penurias y degeneración. Robó un bolso con la esperanza de obtener dinero, y sí lo obtuvo, monedas y un billete de diez euros, una anciana descuidada había sido su víctima. Se sintió miserable y lloró amargamente en un banco del parque con el bolso a su lado, desamparado, deseaba en ese momento volver a casa de sus padres y recibir el calor del cariño familiar, permaneció en esa actitud largo tiempo. Las lágrimas con frecuencia son reparadoras y si hay buenos sentimientos, si hay corazón limpio son reparadoras de verdad. En la cartera se encontraba la dirección de la propietaria y a esa dirección se dirigió, conocía la dirección, era una calle humilde, durante el trayecto fue preparando el discurso de entrega del objeto robado y medio paralizado por la vergüenza entregó el bolso farfullando una historia que el mismo acabó por creerse.

Quien no haya tocado el fondo de su alma con las vicisitudes que la vida proporciona, no logra conocerse. Es cierto que muchas personas han tenido graves dificultades en sus vidas, vidas que podemos tildar de dramáticas e incluso de trágicas, pero si estas personas han pasado por estas situaciones sin llegar al fondo de su alma, no sólo no se conocen, sino que además tales experiencias no les han servido de nada, a lo sumo, les han servido para hundirlas todavía más en su miseria. Todo acto destacable, para bien o para mal, agradable o desagradable debe ser reflexionado para aprender de él y con él, de no hacerlo se convierte en una experiencia mecánica y en un acto irreflexivo que en nada se diferencia del bruto.

Tocó fondo y se vio tal como era, se comparó con cómo fue en el pasado con cálculo realista, profetizó su futuro si escogía una dirección u otra, en su voluntad estaba el camino por el cual orientaría su vida.

Al día siguiente habló con el propietario del taller, se ofreció para trabajar hasta haber saldado su deuda, no recibiría dinero en metálico alguno, por temor a no poder resistir la tentación del juego o la ludopatía como ahora se le llama. Trabajaba sin descanso, hacía horas fuera de su jornada laboral, incluso los fines de semana su jefe le abría el taller. Ahogaba las tentaciones con los motores que reparaba, el jefe lo sabía y consideraba que la terapia era acertada, el tiempo ocupado al máximo mientras se cambian los hábitos. Era el mejor mecánico que había conocido y su superioridad la reconocía. En tres meses y medio había saldado sus deudas con él, rehabilitándose ante sus ojos como el de antes o aún mejor. Había pedido prestado dinero a conocidos y compañeros de trabajo con diversas disculpas, hasta que supieron en que empleaba el dinero. En seis meses había saldado todas las deudas y recuperado la estima de sus colegas. Un día, al quedarse solos, su jefe plantado ante él, le espetó.

– ¿Ahora qué hacemos?, todas las deudas están saldadas, ¿retengo el dinero o te lo doy?

A lo que Miguel respondió – Marcharé de la ciudad e iré a otra que no tenga casino, es una tentación menos, habrá otras, pero ya es una menos y no es igual noventa y nueve tentaciones que cien.

– Puedo nombrarte jefe de taller con un sustancial aumento de salario, por mi parte he trabajado por dos hasta abrirme camino, y he empezado de cero, verdaderamente estoy cansado.

– No, dijo mientras al unísono movía la cabeza de un lado a otro.

– En dos años me jubilaré, cosa que espero, te ofrecería ser socio del taller, lo regentarías como lo considerases y yo recibiría un cuarto de los beneficios.

Volvió a negar, esta vez moviendo únicamente la cabeza.

– Piénsalo bien antes de tomar una decisión apresurada, el trato es insuperable, buen salario actual, y posteriormente un taller prácticamente de tu propiedad, totalmente montado y con una excelente cartera de clientes.

Le puso una mano en el hombro, por edad podía actuar paternalmente.

– Me gustaría tenerte conmigo, juntos el taller puede adquirir mayor prestigio, incluso si quieres puedes hacer una sección de especialidad.

– Lo agradezco, no estoy preparado, igual lo estoy, pero no me siento totalmente seguro de que un día cualquiera pueda recaer y volver al comportamiento anterior.

El jefe no se daba por vencido, sentía verdadero afecto y le hablaba con sinceridad.

– Buscamos ayuda de un psicólogo, yo me hago cargo de todo el coste del tratamiento, ahora no podrás negarte.

– Lo que no debe hacerse, yo lo sé, lo que debe hacerse también lo sé. No necesito que nadie me diga lo que ya sé, lo que necesito es no hacerlo y para eso uno solo debe bastarse. Si cada vez que tuviese una dificultad corriese en busca de ayuda no maduraría como hombre, sería un hombre desarrollado, pero con mente infantil.

Ante la firme y lógica resistencia, su jefe cedió bien a su pesar, pues con esta decisión había ganado mayor consideración.

– Si alguna vez cambias de opinión, el taller de aquí no habrá de moverse.

Como era verano y la estación calurosa, se decidió por las ciudades del norte, aunque no tenía interés por la política sabía que las gentes del norte son con diferencia mucho más liberales que las gentes del sur, políticamente podrían tener la misma papeleta votante, pero en el comportamiento eran extremos opuestos. Paseó su soledad por las calles de ciudades norteñas, se agregaba, de extranjería, a los guías turísticos para obtener nociones que le faltaban, nociones que cuidadosamente iba anotando en un cuaderno. Por su cuenta después visitaba una y otra vez los lugares en solitario, ante fachadas de edificios, iglesias y estatuas permanecía mucho tiempo en su contemplación, los ojos fijos como queriendo desentrañar algún misterio pareciendo algunas veces que se encontraba en trance hipnótico o místico, que para el caso viene a ser igual. Muchos transeúntes y turistas lo observaban, llegando algunos a tomarlo como un joven sabio y loco, o como menos, excéntrico.

La razón de ese interés desmesurado por el arte de la arquitectura y escultura para el mismo era desconocida, había algo que no comprendía, que no encajaba en su mente estructurada como una máquina. Allí había algo oculto y quería desentrañarlo,

desmontarlo como desmontaba un motor, sintiendo en sus manos la solidez de cada tornillo y de cada pieza.

Se le resistía, aquello no iba así, las notas que había recogido de los guías, si al principio le parecieron interesantes por novedosas, al poco tiempo de nada le sirvieron. Como último recurso interrogó a varios de los cicerones turísticos sobre el significado y sobre la intención de aquello que explicaban, sus respuestas fueron vagas e imprecisas.

Decidió hacerlo por él mismo, consultó la biblioteca y sin encontrar luz alguna, confundiéndose con los alumnos, penetraba en aulas universitarias donde se impartía la materia de arte. Aquello lo consideraba más de lo mismo, revestido con algún tecnicismo, los profesores no eran más que guías turísticos más refinados que hablaban a un público que pretendía parecerse a la refinada imagen del profesor. No le quedó más alternativa que descubrirlo por él mismo, si algo había por descubrir, posibilidad que en absoluto descartaba.

He aquí a Miguel Rodríguez ante una estatua, estático como ella e intentando entablar conversación, la estatua con tener ojos, orejas y boca con sus labios, permanecía muda sin soltar prenda, vocal, se entiende, buscaba tal vez comunicación telepática, cosa que también resultaba infructuosa. Los edificios e iglesias también permanecían mudos, pero en estos, era normal, no tenían boca para poder hablar.

Al anochecer anotaba meticulosamente en su cuaderno las consideraciones e impresiones que había tenido, meditaba sobre lo escrito del día y de los días anteriores, a veces eran sólo una frase, otras veces un largo párrafo y otras veces escribía una expresión desesperada – ¡Hay algo, tienen algo, estoy seguro, cada vez más seguro!

Un día, a cualquier hora de ese día y en cualquier ciudad, pues todas las ciudades tienen edificios de bonitas fachadas, y sus habitantes que frecuentan las iglesias las mañanas dominicales, con sus estatuas hablando mundanamente, es decir, sin decir nada. Un día de esos cualquiera, estaba el pasmón de Miguel Rodríguez, pasmándola en éxtasis teresiano, cuando se sintió extraído del trance por una voz que a él se dirigía. Al principio creyó que era la imagen quien le hablaba, lo que puso su corazón al límite de la velocidad permitida. A la segunda frase comprobó que la voz no era estatuariamente lítica, sino humanamente carnal.

– Joven, llevo observándolo varios días. Disculpe mi atrevimiento y curiosidad, pero los años que tengo, como lo manifiesta mi canoso pelo que ya comienza a ser ralo, me da un cierto derecho para preguntarle qué pretende usted con sus reiteradas y largas contemplaciones.

El hombre, anciano como él mismo se había descrito, se acercaba más a los ochenta años de edad que a los setenta y cinco, se encontraba a su lado formando un dúo contemplativo de pasmarotes, pudiendo llamárseles pasmarotes boys, si el anciano no fuese anciano. Giró la cabeza unos instantes, los suficientes para evaluar quien le hablaba. Acto seguido volvió la mirada al frente y como el anciano anteriormente, abrió la boca para hablar, pero antes tomó aire por ella.

– Intento descubrir qué quieren decir estas imágenes y todo el conjunto de la fachada, hay una armonía secreta en toda ella, y algo secreto en cada una de sus partes, no logro comprender su mensaje.

El anciano no varió su posición de pasmón, pero se le iluminó el rostro y exclamó:

- ¡Muchacho, muchacho!
- He buscado orientación y allí a donde he ido no he encontrado más que palabrería superficial.
- ¿A dónde has ido en su búsqueda?
- Con los guías turísticos ¿quién mejor que ellos conocen la ciudad. También he estado en la universidad, de allí he salido tan vacío como vacío he entrado.
- La lógica empleada es acertada teóricamente, solo teóricamente, porque en la lógica práctica, lo que buscas, no podía encontrarse en lugar más errado.
- Eso ha sido lo que he pensado después, aunque no encontrase razones que justificasen que esos no eran los lugares ni las personas adecuadas, todas ellas eran personas con preparación. El anciano esbozó una sardónica sonrisa que indicaba una cierta complicidad con sus palabras.
- El guía turístico como bien se expresa, es un guía para el turista, para aquellos que vienen de visita a la ciudad, para aquellos que viajan por placer mezclando en popurrí coctelero, iglesias, monumentos, museos, mercados, plazas, restaurantes, cafeterías, la gastronomía y el hotel, ¡Ah! Se me olvidada, la buena dosis ética del anochecer.
- No había tenido en cuenta esa realidad. Expresó pensativo.
- Estos guías, lo son también de grupos de gente anciana, como yo o de mayor edad que la mía, que si tuvieran alguna sensatez no deberían traspasar los límites de sus pueblos o como mucho, de su comarca. El guía realiza su trabajo, muy loable, explica amenamente, si sabe hacerlo, cosa que dudo, lo que tiene delante, vomita unos nombres, unas fechas que a nadie de los que escuchan le interesa y al siguiente lugar, vuelta con lo mismo. Para viaje de placer el guía es necesario, para nada más. El guía habla de muchas cosas, de la ciudad, plazas y anécdotas si se ha preocupado un poco de saberlas. No intenta enseñar. Su función es mostrar, al turista donde se encuentra y que pase un tiempo placentero. Por el contrario, el profesor tiene la función es enseñar arte con todos sus entresijos, enseñar a analizar el arte, a mostrar su estructura interna y no únicamente la externa, si llegasen a hacerlo bien sería un gran adelanto. En un guía todo tiene disculpa, se dirige al turista y le muestra muchas cosas durante un corto período de tiempo, pero en un profesor nada es disculpable, durante el curso que imparte alecciona, y con sus conocimientos debe hacer entender el arte a sus alumnos. Por contrapartida, lo único que les enseña es a memorizar un estilo, una escuela, el nombre del cuadro y fechas, algo general sobre la composición, si es pintura. Ahí finalizan sus clases, ahí finalizan también sus disertaciones. Sé bien de lo que hablo, en otro tiempo, mi trabajo consistía en impartir la docencia de arte en la universidad. –Finalizó diciendo el anciano profesor. Después de una pausa añadió – ¿A qué se dedica usted?
- Miguel se giró y puesto ante él, como en un susurro, que no denotaba apocamiento sino gallardía.
- A nada, respondió.
- ¿A nada? únicamente los jubilados como yo pueden dedicarse a nada o a naderías como seres socialmente inservibles que ya somos.
- A nada, insistió tercamente, a nada, pero no a las naderías, aunque como los jubilados sea socialmente inservible.
- A su edad debe retirar lo de socialmente inservible ¿Qué profesión tenía usted antes de dedicarse a nada? Inquirió con un cierto tono sarcástico.

– Mecánico de automóviles, con esa actividad obtenía el dinero para poder vivir. Ahora que no vivo no necesito la mecánica, es más, creo que me molesta, para ser más exacto, creo que la concepción mecánica que tengo de la vida me impide la comprensión de lo que busco y no encuentro.

El anciano propuso seguir manteniendo la conversión en un café cercano.

– Tendrá usted que invitarme.

– Por supuesto, la edad me da todo el derecho.

Caminaron en silencio, cada uno organizando sus ideas o quizás sus pensamientos expurgándolos de escoria para únicamente quedarse con la mena.

– ¿Qué es lo que en realidad busca? Planteado de otra manera si usted quiere ¿qué es lo que espera que le salga al encuentro? Preguntó ante la taza humeante de café.

– Lo curioso es que no lo sé. Lo paradójico es que creo que el problema está en mí. Lo que contemplo está fuera de mí, es ajeno a mí, esas producciones no han variado a lo largo de siglos y durante todo ese tiempo han estado comunicando silenciosamente algo que no alcanzo a comprender. Todos mis intentos han resultado infructuosos y sin embargo me atraen a su contemplación de manera enfermiza. A veces presiento la cercanía de una brisa que me orientaría hacia una entrada para poco después desvanecerse. Es desesperante y sin embargo no desespero.

El anciano escuchaba atentamente, al mismo tiempo su mente volaba a otras dimensiones emocionales mientras movía pausadamente la cucharilla en la taza.

– Que gran estudiante hubiese sido si yo le tuviese como alumno mío. Ni uno solo de los miles que a lo largo de mi docencia han desfilado ante mí, nunca mejor empleado estuvo el vocablo desfilas como ahora lo empleo, ni uno solo de mis alumnos ha tenido esa ansia de búsqueda, ni la sensibilidad necesaria para ver en el arte algo más que un medio de ganarse la vida económicamente, a casi nadie le ha interesado realmente el arte y de esos casi nadie ha penetrado en el arte con autenticidad porque para eso se necesita un espíritu sensible y cultivado en el buen gusto. Gusta el arte por moda, gusta por espectáculo, gusta como divertimento o simplemente gusta. El arte, el auténtico arte ni gusta ni disgusta, simplemente penetra lo impenetrable, descubriendo el alma a la propia alma. Condición necesaria para esto último es tener alma y el alma es algo de lo que el hombre carece hoy en día.

– Disculpe que lo interrumpa, pero me siento identificado con lo dicho. Carezco de alma.

El rostro del anciano se animó, a Miguel Rodríguez le pareció que de repente se le habían sacudido de encima veinte años.

– Todo lo contrario, posee usted un alma excelente, virginalmente excelente para sentir el arte, porque el arte es sentimientos y sensaciones y emociones, lo demás son tecnicismos y técnicas para su elaboración o para impartir clase a alumnos de primeros cursos.

Lo emocional y lo sentimental a que me refiero nada tiene que ver con el sentimiento vulgar ni con las emociones vulgares, radiofónicas o televisivas, es ese un sentimentalismo tan necio como tonto, es el sentimentalismo de la aburrida ama de casa tan loable en muchas otras cosas como tan deplorable en estas. Este sentimentalismo hogareño de espíritu limitado se ha extendido por toda la población, sea trabajadora, estudiante u ociosa, sea ella culta o inculta. Ni el artista, primer protagonista de la obra

de arte se libra de este sentimentalismo como tampoco se libra del tartufismo intencional a la hora de la elaboración de lo que hace. En este tartufismo confluyen varias predominancias, que coincide con el gusto y la moda a quien vaya dirigida. Esa coincidencia con el gusto ignorante proporcionará reputación, en algunos casos fama y podrá vivir bien, como vulgarmente se dice, sin pegar palo al agua, añadiendo que su vanidad será crecida al comprobar su reconocimiento. El artista acaba creyendo sus propias mentiras y sus vendidos engaños, acabará creyéndolas como auténticas verdades. Se considera un creador por el hecho de emborronar un lienzo, por la publicación de un libro, por la interpretación de una pieza musical o por el diseño de un edificio, corrijo, por el diseño de la fachada del edificio. Son creadores porque lo dicen ellos, proclaman a quienes tienen la paciencia de escucharles, que aman a sus criaturas porque han sido arrancadas de sus entrañas. A mí me recuerdan a esos padres y madres, como ahora parece que hay que decir, que dicen que aman a sus hijos con locura, y no les han prestado atención alguna. Observe cuantos niños hay en los parques con sus padres, dígame cuántos padres y madres por separado pasean y charlan ante una taza de café con sus hijos ya adultos. Hizo una pequeña pausa para añadir.

Lo que usted busca en el arte no es nada de lo que he referido, lo que usted busca tiene un nombre y ese nombre es estética.

– Estética. Por estética entiendo lo que me parece que no debo entender, ya sabe usted a que me refiero. Debe disculpar mi gran ignorancia, se lo ruego.

– Joven, la ignorancia no tiene disculpa, mire por donde se la mire. Ignorancia no es no saber, el que no sabe puede saber, ignorante es aquel que no sabiendo cree que sabe y pretende imponerse a los demás, el ignorante es incapaz de aprender nada. El ignorante y el pedante van a menudo unidos con mutuo afecto por tres o cuatro generalidades y por un sinnúmero de anecdóticas trivialidades. No es usted un ignorante ni un pedante ni nada que se le parezca. Es usted un alma honrada que busca el arte, pero entiéndame bien, que busca el arte escrito con letras mayúsculas, el arte auténtico, el arte de creación, busca usted el arte que une las almas, que purifica el espíritu y libera las naciones de sus mezquinos provincianismos fronterizos. Todo ello puede resumirse en la palabra estética. Evidentemente no es un peinado, corte de pelo, maquillarse o vestirse a la moda. El esteticista o la esteticista, es un peluquero o maquilladora, y su actividad nada tiene que ver con la estética de la que he hablado, como tampoco tiene nada que ver con el esteta, que no es otra cosa que una mente degenerada que aprecia el arte solamente después de despojarlo de su esencia, o bien que se revuelca una y otra vez en la superficialidad del arte como el cochino se refocila con gran placer en terreno fangoso.

– Es un enorme placer escucharlo -se estremeció mientras lo dijo, añadiendo con tristeza en su tono de voz- creo que estoy mucho más lejos de conseguirlo de lo que creía. Ahora, después de oírlo, creo que he llegado a la conclusión que para mí está vedado ese vergel.

En este punto de la conversación el anciano perdió la comedida y elegante compostura, alzó los brazos y alzó la voz al unísono.

– Está usted realizando un juicio equivocado, hace ya tiempo que las puertas de la comprensión del arte se le han abierto, quiero decir, que usted las ha abierto de manera admirablemente natural sin autodidactismos ni pedantería alguna. Se acercó al arte o el arte se acercó a usted, usted buscó al arte o el arte lo buscó a usted, tanto da una cosa como la otra, lo importante es que puede considerarse un ser privilegiado y desde mis muchos conocimientos debo reconocer que lo admiro y que lo envidio. Yo me he acercado al arte y penetrado en él tardíamente sólo cuando había logrado desembarazarme del

encorsetado academicismo pude comprenderlo, a partir de ese momento el camino lo he realizado en solitario. He llegado a él por el conocimiento y no por la sensibilidad especial que usted porta y de la que mi alma adolece. Es usted capaz de llegar a vibrar con el arte, con el de verdad, como yo no lo he logrado ni lograré en lo que me resta de vida, por ese motivo envidio su suerte o su don innato. Permítame que le sugiera algunas directrices para que no camine dando palos de ciego. Un sencillo manual de arte es suficiente, no se detenga demasiado en fechas, escuelas, estilos, sub-estilos, regiones, países y nombres, no se enrede con ellas, deje eso para los mostrencos académicos, utilice el manual como una guía orientadora, como un plano de consulta.

Con la literatura deje de lado los farragosos prólogos e introducciones escritos por pesados y aburridos profesores, diríjase a la obra directamente, el autor escribió para comunicarse directamente con quién lo lee, no ha pensado en ningún momento en intermediarios ni en meticulosos exégetas que pretenden saber y decir más que lo que el autor pretendía. Lea a buenos autores, estos han escrito algunos buenos libros, no todos los que han escrito eran buenos, ni auténtica literatura.

Si escucha música, la clásica es la mejor opción, déjese impregnar por ella, déjese penetrar por ella, no le ofrezca resistencia y la música vibrará en su corazón henchido de sutilezas imponderables.

La pintura, obsérvela bien, dejando a un lado los entresijos técnicos, esa parte pertenece a los críticos y profesores, allá ellos, en poco tiempo sus ojos se acostumbrarán a la belleza, se educarán, entrará sin darse cuenta, en comunicación con ella. De la pintura no figurativa, no se deje llevar demasiado por ella, una vez que haya desarrollado el buen gusto y el instinto déjese llevar por él. Los desarrollará aun sin quererlo, a muchos de nosotros nos está vedado.

Si se acerca a la escultura, después de observarla detenidamente desde diversos ángulos y girar en torno a ella como un escualo sobre su presa, tóquela si le es permitido, usted sí que podrá llegar a sentir el golpe febril del martillo sobre el cincel y este sobre el material de que se trate, es el mejor homenaje al escultor.

Si son edificios, la armoniosa estructura de las fachadas, porque al interior no tendría acceso, eduque sus ojos a los grandes espacios con perspectivas diferentes, comprendiendo como desde una idea configurada abstractamente en un pequeño órgano que es el cerebro, se simboliza en un plano que no es más que un papel para finalmente materializarse en algo grande y hermosamente sólido.

En definitiva, joven, permita que las infinitas sensaciones que las artes van a producirle lluevan sobre usted como el agua de la lluvia sobre los campos. Verá entonces brotar en su alma una feraz simpatía por todo lo humano y una inexplicable unión con lo divino. A partir de aquí el camino debe realizarlo en solitario, toda compañía entorpecerá y retrasará la marcha, le deseo pues un buen camino en este eterno viaje.

Miguel entendía lo que aquel hombre hablaba, pero comprender la dimensión de lo que sus palabras querían indicar se le escapaba a su intelecto. Se le hacían oscuras aquellas palabras que se dirigían, no a los oídos sino a través de ellos, al corazón.

Comparado con el anciano no era nadie, su carencia de formación lo empequeñecía, las palabras escuchadas tenían un significado tan amplio como profundo, él lo sabía, pero incapaz de alcanzar su extensión y su profundidad exclamó.

– Todo lo que acaba de decirme es muy interesante pero su significado se escapa en gran parte a mi comprensión, carezco de formación para seguirlo. No comprendo sin embargo porqué me halaba usted de esa manera, me halaba a mí que, para firmar, como quien dice, tengo que utilizar una plantilla, me halaga un hombre que con dos frases podría aplastarme.

El anciano sonrió, acabó con un pequeño sorbo el poco café que le quedaba en la taza.

– No halago, hace años que he dejado de hacer tonterías semejantes, simplemente le he mostrado lo que dentro de sí alberga y desconoce. Entre saber una cosa y saber que esa cosa se tiene, hay una gran diferencia. Yo se esa cosa, pero no la tengo, usted la tiene, pero no lo sabe, era un gran afortunado antes de saberlo y ahora que lo sabe lo sigue siendo.

– Todo lo oído es lo que he estado buscando, que alguien me lo explicase. Por un lado, me siento animado para emprender esta nueva andadura, por otro lado, está mi sensación de orfandad y desamparo, confiaré en que con el tiempo adquiera parte, aunque sea una pequeña parte de lo explicado, este pensamiento sé que es estúpido, pero me tranquiliza.

El anciano hizo un gesto al camarero.

– Ahora muchacho, es el momento de irnos de aquí. Pasado un tiempo tal vez volvamos a encontrarnos, estaré fuera de la ciudad, pocos familiares cercanos quedan ya con vida, y una hermana, la única que tengo, no se encuentra con una salud muy boyante.

Miguel Rodríguez replicó.

– Había pensado trasladarme a otra ciudad, al conocerlo he variado mis planes, seguiré más tiempo aquí para poder escucharlo, aunque únicamente fuesen unos minutos, sería un buen escuchador, lo puedo garantizar. Usted hablaría en alto, expresando las ideas, es como si cobrasen forma, con forma las ideas se ven mejor y por tanto se clarifican y se fijan más profundamente en quien las expresa a la par que el que las escucha, se beneficia de este gran esfuerzo mental.

Si usted se va yo me iré también, pero sabiendo donde está, si algún día vuelvo, lo encontraré, si no le desagrada mi compañía como escuchador.

El anciano le tendió la mano.

– Ha sido un gran placer joven, un gran placer. ¿Dónde vive usted?

– Vivo en la calle, duermo en el albergue y me dan la comida en el comedor público. Una palabra me define, indigente.

El anciano lo miró con ojos de sorpresa y extrajo del bolsillo unos billetes.

– Sin pretender ofenderlo, admítame esto, se lo ruego.

– Con ruegos o sin ruegos, no cogeré ese dinero, si buscase dinero sabría obtenerlo, esbozó una enigmática sonrisa y añadió, también sabría cómo gastarlo. Me quedo con lo que me ha ofrecido, eso sí que no podré gastarlo ni nadie podrá arrebatármelo.

– ¡Dios Santo! Exclamó el anciano, un Viriato.

– ¿Qué es un Viriato?, preguntó intrigado a su vez.

– Viriato era un jefe de tribu que aglutinó a otras tribus de la Hispania Romana en la zona que hoy correspondería a Portugal y puso en jaque, con sus innovadoras técnicas de rápidos ataques, con tropas especialmente entrenadas y ligeras, seguidos de rápidas retiradas y causando innumerables quebrantos, a las pesadas y organizadas legiones romanas, que se movían dificultosamente en terrenos abruptos y poco adecuados para grandes maniobras militares.

– ¿Qué tiene que ver conmigo?

– El día de su boda, el padre de la novia en el festín, presumía de las riquezas que poseía en cabezas de ganado. Viriato se puso en pie respondiéndole, ¡la auténtica riqueza es aquella que no puede ser arrebatada por la fuerza de las armas! Montó con su mujer en el caballo y se alejó sin volver la cabeza.

Por las ciudades por las que pasó, Miguel Rodríguez fue despertando su espíritu dormido. Su alma se sensibilizó, y su gusto día a día ascendía de peldaño en peldaño, la ascensión era lenta e imperceptible para él, pero con las lecturas su lenguaje se perfeccionaba, su mente se abría a nuevos horizontes, sus ojos, sus oídos, cada vez más educados, permitían el paso de formas que a su vez daban forma a su mente, como un escultor se la daría al mármol. Su rostro fue adquiriendo otra expresión y su caminar elegancia, porque el buen gusto no es unidireccional, lo abarca todo en todas direcciones, la base del buen gusto no es otra que la capacidad de observación, y esta base la tenía como regalo de nacimiento. Escuchaba a los músicos callejeros, algunos de ellos colegas del comedor benéfico. Escuchaba con admiración durante horas fuese lo que fuese lo que tocasen. En unos saboreaba las letras, en otros la música, en otros su calidad notable, distinciones que percibía y diferenciaba perfectamente unos de otros, pero en todos ellos captaba lo profundamente oculto de la música. Si escuchaba clásica, las pocas veces que podía, le embargaba tal emoción que debía hacer grandes esfuerzos para reprimir sus lágrimas. En esos momentos se acordaba de las palabras del anciano profesor y se decía a sí mismo – Todo esto es tan evidente y tan fácil de ver y sentir que no alcanzo a comprender como no lo aprecia todo el mundo—. Cada nota musical hace vibrar cada célula del cuerpo y el alma se oscurece para, instantes después iluminarse y seguidamente repetir la situación entre estos dos extremos, infinitas sensaciones sugeridas tímidamente o sentidas con impetuosidad. Con el tiempo se daría cuenta que las gentes tenían sus mentes embrutecidas, la mayor parte de estas mentes no habían llegado a superar el grado de embrutecimiento y se habían afincado en el desierto habitáculo de la degeneración. El alma se desarrolla, si un alma se desarrolla evolucionando ascendentemente se nota obligatoriamente en los gestos, en el tono de voz empleado, en los modales, lo que vulgarmente se entiende por educación, esta educación iba adquiriendo en sí mismo y de sí mismo, brotaba de dentro afuera. En las personas que llamamos educadas o de cuidados modales, esta educación es algo aprendido y enseñado como algo artificial, que socialmente debe hacerse porque queda bien, da apariencias y consideración. La artificialidad se nota a primera vista, es como si cada vez que realizan algo repitiesen de memoria la lección aprendida. En Miguel Rodríguez, estos comportamientos emanaban con la misma naturalidad que el agua fluye de una fuente, se comportaba así porque así era, sabía comportarse. El anciano, gran observador de miles de alumnos que por sus aulas pasaron, supo verlo ¿Cómo lo había sabido? Suponemos que por sus largos años de docencia y por sus dotes personales. Suponemos nada más, para saberlo con certeza habría que obtener su respuesta, pero el hombre ésta lejos, en otra ciudad.

De ciudad en ciudad fueron pasando los huesos con la carne de Miguel Rodríguez, como lo fueron sus ojos por todos aquellos monumentos, museos locales, exposiciones

de pinturas y conciertos cuando estos eran gratuitos. No se perdía ningún domingo las bandas de música, aprendiendo a diferenciar las buenas de las no tan buenas. Con frecuencia se desplazaba a pueblos en los que había una iglesia o un monasterio renombrado o que simplemente le habían recomendado, casi siempre los desplazamientos los realizaba a pie. El tiempo transcurría también deslizándose los días como los niños por tobogán, detrás de una estación, venía la siguiente y a ésta le sucedía la siguiente, así cuando las estaciones eran frías y lluviosas se trasladaba al sur o levante, dejando el norte y noroeste para el verano y la primavera, en los cuales el clima es más benigno para quienes pasan la mayor parte del día en la calle. No trabajaba, sin dinero no tenía oportunidad de dirigirse a bingos, máquinas o salones de juegos de azar y apuestas. La verdad auténtica consistía en que el juego sin control al que se denomina vicio, lo había superado, lo sabía porque pasaba ante los bares con máquinas o salones de juego sin sentir llamada alguna, ni siquiera se apercebía de que existieran, pero le había cogido un extraño placer a este tipo de vida que, si en un principio era un infierno, acabó por convertirse en el tipo de vida que deseaba llevar. No hacer nada, no tener nada que hacer sin ninguna obligación, su vida transcurría, sin embargo, en actividad continua, únicamente por él controlada. Jamás se dedicó a la mendicidad, en todo momento mantuvo su dignidad, si tenía hambre esperaba a la hora de la cena en el comedor público, su cuerpo se habituó al alimento cuando lo hubiese.

Su espíritu se había perfeccionado hasta llegar a grados impensables e incomprensibles de comprender para mentes académicas obtusas, su cuerpo en contrapartida se había animalizado y la humana costumbre de ingerir alimentos a horarios regulares, lo evolucionó a la costumbre de ingerir alimentos únicamente cuando los hubiese. Si nunca había practicado la mendicidad, tampoco nunca había abandonado su higiene ni su aspecto exterior, mucho debían fijarse para calificarlo de indigente.

En una ocasión un día lluvioso con un incómodo sirimiri, caminando frente a él una mujer joven trastabilló, paraguas y bolsa de la compra cayeron, y de la bolsa salió rodando parte del contenido, ella misma iba de bruces y con toda la intención de besar apasionadamente el suelo. Miguel actuó con rapidez felinamente humana o humanamente felina, porque reaccionó como un resorte dando dos rapidísimos pasos deslizándose bajo ella. La muchacha calló sobre él, su cara golpeó amortiguadamente su pecho y su cuerpo en el cuerpo de él. He ahí una mujer y un hombre, ambos jóvenes uno sobre el otro en plena calle, un día lluvioso en postura indecorosa y apasionadamente romántica. Ella no sabía qué hacer, tener un hombre debajo de su cuerpo y por la mañana, es algo que no todos los días sucede, se encontraba a gusto. Por otro lado, el susto y la rapidez con que todo el suceso había transcurrido la había dejado inmovilizada física y mentalmente, curiosamente su cerebro aumentó su actividad en varias veces su capacidad. Podría decirse que se encontraba acolchadamente bien, permaneció unos instantes con la mejilla apoyada sobre el cuerpo del hombre sintiendo el calor que desprendía, Manuel Rodríguez la tenía abrazada con suave firmeza. El tiempo transcurría muy lentamente, las emociones, sustos y sensaciones se agolpaban en ininterrumpidas cascadas, pero si el tiempo hubiera sido medido por un cronómetro solo habían pasado unos segundos.

– Se encuentra usted bien? Preguntó él desde la posición decúbito supino.

Ella como despertando de un sueño en el que se viera cayendo en un abismo.

– ¡Oh sí! Perfectamente. Contestó desde la posición decúbito prono. Aflojó él la firmeza de sus brazos.

– ¿Cómoda, se encuentra cómoda?, volvió a preguntar.

– ¡O sí!, muy cómoda.

En esos momentos es como si se hubiese dado cuenta de cómo se encontraba y un buen rubor invadió sus mejillas que resaltó más su belleza, que no he tenido tiempo de mencionar. La muchacha era hermosa y bien proporcionada, ni gorda ni delgada y si ella se encontraba cómoda estando en prono, pensó que también él lo estaría, cómodo y confortable, estando ella en prono y él en supino. Comenzaba a acercarse gente, y ellos se levantaron, ella con las ropas secas y el pelo ligeramente desordenado, él con las ropas mojadas y con el pelo igual que antes, porque lo tenía corto.

Recogieron lo esparcido por el suelo, pero ella no podía recoger nada, en una de las manos se había hecho daño en la caída. Él tomó su mano y lentamente la levantó hacia arriba, ella no sintió dolor. A la pregunta si tenía la sensación de una tabla en la muñeca que le impedía girarla había respondido que no, no estaba inflamada, los dedos los movía perfectamente.

– La molestia es pasajera, es debido al impacto, afortunadamente no hay nada roto, aunque si le preocupa, un médico la tranquilizaría más que yo, evidentemente.

Realizó varios movimientos de muñeca y no había nada especial que resaltar, el dolor persistía.

– La acompañaré ayudándola con las bolsas de la compra, no es conveniente que durante unas horas haga esfuerzos y sí es conveniente que tenga un poco de reposo. Si me permite una sugerencia, un emplasto de arcilla durante unas horas hace milagros.

La muchacha era hermosa y él bien parecido, además de educado y amable, y además le llevaría las bolsas, y además le sugería la arcilla como un buen remedio, y además se había introducido bajo ella evitándole un impacto de imprevisibles consecuencias, y además se encontraba mojado y con la ropa manchada por su culpa, y además no le disgustaba al parecer ni él ni todo lo que había sucedido. Por todo y por algo más, al llegar al portal del edificio lo invitó a subir a su apartamento, a secarse la ropa al menos. Antes de esto, en un herbolario cercano, Miguel Rodríguez con el único billete de cinco euros que poseía como capital, compró la arcilla, que una vez en la casa, amasó y colocó como emplasto que sujetó con film plástico. Por su parte ella le hizo sacarse la ropa, la interior incluida, prestándole un pantalón de pijama y un jersey muy flojo y varias tallas superiores a la suya, pero que a ella le gustaba ponerse a veces.

Así estaba la situación, dos muchachos jóvenes, aunque no tanto como para no darse cuenta de su humana animalidad, no podía ser de otra manera, la ropa en la lavadora, él introducido en la ropa de ella, prepararon algo de comer y comieron, despertado el deseo se dieron un apetitoso revolcón de varios asaltos, tanto de prono como de supino, eso sí, con la mano emplastada como testigo de la azarosa faena.

La ropa mojada de la lavadora pasó a la secadora, porque los apartamentos actuales están mecanizados. Máquina de lavar, de secar, planchar, cocinar, calentar, enfriar, congelar, robot de aspirar, máquina de secar el pelo, de cepillar los dientes, inodoros que lavan y secan, máquinas de visualizar que llaman televisión, máquinas telefónicas, fijas y móviles, ordenador, en el edificio un ascensor que nos eleva sin subir un peldaño, sin esfuerzo alguno hasta el piso número treinta y en el garaje una máquina que nos traslada a corta o grandes distancias según deseo. Seguro que me olvido de alguna, además de la máquina de exprimir, la licuadora y el robot de hacer la comida. Y con todas estas fantásticas máquinas que tanto tiempo nos ahorran, somos los hombres más ocupados y más estresados de la historia humana. Algo falla con el empleo de tanta técnica y con la mecanización de nuestras vidas, algo falla o todo falla cuando la mejoría de vida es tan

solo mecánica. Pero retomando el hilo donde habíamos quedado, después de haber introducido la ropa húmeda en la secadora, pulsó el botón de marcha y la máquina se negó a marchar diciendo, en muda obstinación, estoy bien así y no me muevo, ella insistió varias veces, abrió la portezuela la cerró de nuevo y de nuevo volvió a pulsar el botón, la máquina insistió tercamente en su pasiva actitud. La joven pacientemente como si de un hijo se tratase le habló amorosamente y realizó la operación anterior. No variando en nada volvió a hablarle como si de un hijo testarudo se tratase, propinándole un papirotazo no con la mano dañada ni con la mano sana por si acaso se la dañaba, sino con el pie pues de dañarlo todavía le quedaría otro sanamente útil. A pesar de todo nada varió, diagnóstico definitivo, avería.

Ante la contrariedad Miguel Rodríguez preguntó.

– ¿Hay destornillador y alicate?

– Tengo uno al que se le pueden insertar cabezales de diferentes tamaños, un alicate, una pequeña llave inglesa y un martillo.

– Motosierra, ¿no tienes motosierra?

– ¿Para qué querría tener una motosierra?

– Por si algún día compras un bosque, con ella podrías cortar los troncos de los árboles.

Mientras esto le decía ya había movido la secadora de lugar, poco después estaba destripada, como no había cinta aislante utilizó esparadrapo, colocó las mecánicas tripas en su lugar, la conectó a la corriente eléctrica, indicándole que probase si funcionaba.

El tambor comenzó a girar con rapidez, centrifugando el agua y centripeando el tejido, asombrada se acercó a él, y él no lo hizo porque ya lo había hecho ella, y como suele decirse si Mahoma va a la montaña, porqué ha de ir la montaña a Mahoma. Por si esto último ofende a algún obtuso literal coranista musulmán lo diré en cristiano, Jesús de Nazaret dijo en voz alta, dejad que los niños se acerquen a mí, y en voz apenas audible añadió, que tras ellos vienen sus madres. Si esto último ofende a algún obtuso cristiano, ya tenemos dos obtusos, y mira por dónde, los obtusos los hay en todas las religiones, a nadie se le ocurrió que podría hacerse una religión para los obtusos con sus obtusos y ritualistas conexiones, con sus mezquitas, iglesias y catedrales obtusamente construidas, porque si lo más parecido a un tonto de izquierdas es un tonto de derechas, lo más parecido a un obtuso musulmán, es un obtuso judeo-cristiano.

La secadora giró y giró su tambor hasta dejar la ropa ponible, expresión que, si no está de acorde con el diccionario, es práctica, sus espíritus también giraron y giraron y durante ese vértigo se enamoraron. Ella era propietaria de un próspero negocio. Por su parte, él únicamente dijo.

– Soy un indigente y lo seguiré siendo hasta que considere dejar de serlo, razones personales hacen que haya tomado y siga tomando esta decisión, pero no soy ni vago ni mendigo. Desearía que no volviésemos a hablar más de este asunto.

– ¿De qué vives? pregunto ella intrigada.

– Vivo de lo que en mí muere y muero de lo que en mí vive.

Sus ojos brillaron al oírlo, la respuesta era enigmática al tiempo que filosóficamente poética, la respuesta le encantó.

– No lo entiendo muy bien, pero intuyo que hay mucha verdad en lo que dices, así que desembucha hasta que me quede bien explicado.

Miguel Rodríguez permaneció en silencio unos instantes, ambos se encontraban sentados uno frente al otro.

– Se nace para morir, nacer es un hecho incuestionable como lo es el morir, en esto estarás de acuerdo. Ella asintió moviendo la cabeza de arriba abajo.

– Cada instante que transcurre de mi vida se nutre de algo que en mi vida muere, ¿de acuerdo también? preguntó, mientras ella asintió otra vez.

– De ahí que diga, vivo de lo que en mí muere. Por otro lado, toda experiencia, toda vivencia, todo deseo, produzcan felicidad o infelicidad, son pasajeros y fenecen después de producir la ilusión de lo que llamamos vida. De lo que también puede decirse que la vida, como la entendemos, no es otra cosa que una ilusión de lo que llamamos vida. De lo que también puede decirse que la vida como la entendemos no es otra cosa que una ilusión de la mente, una mente que vive nutriéndose de los muchos engaños de los sentidos. Por eso digo, vivo de lo que en mí muere.

– No es el momento de hablar sobre la vida como una ilusión, para no dispersarme de lo que estamos hablando. ¿Por qué dices, muero de lo que en mí vive? Interrogó ella realmente interesada, al tiempo que se levantaba. Mientras lo piensas, preparo una infusión, me ausento unos minutos.

No tardaron las tazas y la humeante tetera, con los hierbajos reposando en su interior, en estar sobre la mesa.

– Vivo de lo que en mí muere, repitió ella. Yo entiendo más bien, vivo de lo que en mí permanece, lo que en mí permanece es lo que hace que tenga conciencia de mí misma y esa conciencia de mí es lo que hace que me sienta viva. Al contrario de lo que antes expresaste, si nada permanece no puedo vivir, ¿cómo podría vivir sin recuerdos? Sin mi pasado no podría existir, no sería nada, después de eliminado lo trivial y lo de aparente menos importancia, permanece lo verdaderamente importante, ese substrato, por decirlo de alguna manera, es el abono de mi vida. – Realizó una pequeña pausa para añadir, mientras vertía el líquido caliente en las tazas, lo pensaba mientras preparaba todo esto, lo que en mí hay de permanente es la memoria y ella es la que me hace ser y vivir.

– Has mezclado varios conceptos muy amplios, al menos hemos dejado a un lado la ilusión. No obstante, has identificado los recuerdos con el pasado, y ellos con la memoria, y esta última, o todos ellos juntos si lo prefieres, con el alimento de la vida y por si no llegase lo identificas con el ser. Todo recuerdo pertenece al pasado, en esto estamos de acuerdo. –Ella asintió–. El pasado, siguiendo tus palabras, podemos llamarlo memoria. Esta memoria, que no es otra cosa que pasado, realmente no abona ni promueve energéticamente y positivamente vida alguna, únicamente como pasado que es condiciona la vida, es más impide vivir, una memoria que permanece es memoria lo que vive y si está en pasado, como lo habíamos considerado, es el pasado lo que únicamente vive, y el pasado se transforma en un eterno presente. Quien permanezca en la memoria, permanece en el pasado y se encuentra ausente del presente. No me refiero a la memoria necesaria de la actividad profesional y mecánica de la vida cotidiana, como conducir, realizar el trabajo, hacer la comida o saber el camino que conduce a mi casa. Estoy y estamos hablando de la memoria, es como si comparo el convencional tiempo del reloj con el tiempo real. La memoria no me permitirá vivir mientras esta permanezca viva, si ella vive yo muero, si ella muere yo vivo. Al no ser poseído por la memoria o por los recuerdos o por el pasado, cada instante es algo novedoso, algo por descubrir algo que me hace sentir vivo, algo que me hace ser y al poco dejar de ser para ser otro diferente. La memoria como pasado es un esquema mental, una plantilla que colocada en nuestra

mente ajusta a ella todas las respuestas planteando las mismas preguntas siempre. Nadie puede entender lo desconocido partiendo de lo conocido. Las personas que conocemos se aferran a la memoria, al pasado, a sus recuerdos, y para fijarlos con mayor eficacia en sus mentes, realizan fotografías y videos, qué junto con otras cosas y otras técnicas, coleccionan y almacenan en sus vidas que no viven y que por sus recuerdos han sido vividas.

Observa a las personas que te rodean ¿las consideras vivas realmente? Ya sé que respiran, trabajan, comen, tienen hipotecas bancarias y duermen. ¡Ah! y están medicadas con ansiolíticos, antidepresivos. Pregúntate y contéstate si consideras que están vivas realmente o están llenas de recuerdos, llenas del pasado memorial que les ha impedido y les impide vivir. Lo mismo podemos decir de los pueblos y las naciones que se aferran culturalmente a las costumbres del pasado. No evolucionan, no viven con los tiempos actuales y se convierten en naciones atrasadas y en pueblos supersticiosos y de costumbres bárbaras.

– Cuando Dios se le apareció a Moisés en el monte Sinaí en la forma de zarza ardiente, a la pregunta de quién eres, obtuvo la respuesta, “yo soy el que soy”. Eso es permanencia – respondió ella mirándolo fijamente a los ojos.

– No voy a seguir por ahí porque nos llevaría por otros derroteros, pero la permanencia de Dios, es permanencia eterna, fuera del tiempo y del espacio, es Divina permanencia eterna, fuera incluso de nuestra más alejada comprensión. Como no somos ni dioses ni divinos, no podemos ni debemos definarnos como “soy el que soy”, sino como humanos que somos, en eterna evolución tendremos que definarnos “soy el que no soy”, mejor aún, “soy en la medida que no soy”. Los seres humanos como seres evolutivamente cambiantes a lo largo de nuestra existencia dejamos de ser a cada instante.

– Sea como sea, pertenezco a mis recuerdos, sin ellos nada sería, sin memoria no me imagino mi vida. Por otro lado, siguiendo tu razonamiento ¿dónde quedaría la cultura sino quedase constancia de ella, sino es memoria, sino es recuerdo? ¿qué palabra emplearías?

– Simplemente la llamaría lo que se la llama y como la llaman, cultura a secas y nada más. – Le respondió el, esbozando una sonrisa.

– Pero es memoria y perdurabilidad. En esto estarás de acuerdo conmigo.

– Como no iba a estarlo, la cultura es permanencia e impide evolucionar el presente. Cada vez que un estilo artístico nuevo, por poner un ejemplo cultural, surge en la actividad artística, la cultura con el peso de su tradición, con el peso de su memoria, impide este nuevo movimiento e intenta destruirlo. Si por alguna razón este jovencito estilo o manera de entender o hacer el arte logra subsistir, es lentamente aceptado e incorporado y rumiado y digerido por la cultura bovina de la crítica ¡ah! Se me olvidaba añadir, que después del proceso de enfrentamiento, destrucción o asimilación digestiva, finalmente queda todo reducido y sintetizado a excremento, que aumentará con su contribución al montante del estiércol de memoria cultural a la que te refieres.

Una tremenda carcajada salió de ella, a lo que él unió una sonrisa que instantes después convirtió en risa.

Miguel Rodríguez se dispuso a marcharse, la ropa estaba seca, ella se acercó a él ronroneando como gatita sorprendida por la actitud.

– Si quieres irte, vete, pero tendrás que hacerlo por la fuerza. Le habló en voz baja casi en un susurro.

– Mi sitio no está aquí. Le respondió mientras le cogía el rostro por la barbilla.

– Tu sitio esta noche está donde esté yo. Mañana veremos cuál es el sitio y el lugar de cada cual, respondió ella en el mismo tono de voz.

Cuando una muchacha quiere, el hombre quiere lo que ella quiere, al igual que donde hay patrón no manda marinero, en este barco de hormigón, hierro, vidrios y comodidades, se hizo lo que ella quería.
